

**EL NIÑO:
UNA METÁFORA
DEL VÍNCULO PATERNO**

**Juan Leonel Giraldo S.
Marina Quintero Q.**

RESUMEN

EL NIÑO: UNA METÁFORA DEL VÍNCULO PATERNO

Decir desde el psicoanálisis que el niño es una metáfora del vínculo paterno, es decir que, en el proceso que lo conduce a la subjetividad y la identificación sexual, está significado por el deseo de la pareja paterna. Este proceso se realiza a partir de la inserción del niño en el medio que le es natural, el lenguaje; en su vínculo con la estructura de parentesco; en su situación de objeto del deseo de la madre y en su travesía por el complejo edípico y su resolución. En definitiva, en la sustitución del deseo materno por la ley del padre.

ABSTRACT:

THE CHILD: A METAPHOR OF PARENT-ATTACHMENT

Starting from the psychoanalytical perspective that the child is a metaphor of the parent-child attachment, is the same that saying that in the process leading the child to subjectivity and sexual identification, he is determined by the parent's desire. This process has as a starting point the child's involvement in a natural environment: His language; in his bond with the family structure; in his position as an object of the mother's desire and in his journey through the Oedipus Complex and its solution. To sum up, in the substitution of the maternal desire for the father's rule.

EL NIÑO: UNA METÁFORA DEL VÍNCULO PATERNO

Juan Leonel Giraldo S.
Marina Quintero Q. *

El hombre requiere de la mujer como la mujer del hijo, o de otra manera nunca la mujer amará tanto al hombre como éste la ama a ella, lo que ya de entrada establece una relación de desigualdad y desequilibrio innegable que tal vez encuentra su mejor enunciación en Nietzsche cuando en el Zarathustra [...] alude a que mientras la mujer es un fin para el hombre por todo lo de juego y peligro que encierra, en cambio "El hombre es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo. Mientras el hombre ama a la mujer, la mujer se ama a sí misma en su hijo".

González, C. M. (1993).

Para el psicoanálisis, la pregunta por el niño reviste una particular importancia debido a que ella se articula a dos interrogantes que son esenciales para su edificio conceptual; son ellos:

*¿Qué es un padre?
¿Qué es una mujer?*

Desde los orígenes del psicoanálisis, Freud se ocupó de estas

cuestiones que para él comportaban un cierto carácter enigmático. Las vías que lo condujeron al montaje de una respuesta, las vislumbró en la práctica clínica, para luego formalizarlas, de una manera lógica, en la teoría.

Pero, antes de que el psicoanálisis se pronunciara en torno al niño, las diversas perspectivas de pensamiento habían producido,

* Profesores Universidad de Antioquia.
Facultad de Educación, Universidad de Antioquia, Medellín, Abril 13 de 1999.
Dirección: jgiraldo@ayura.udea.edu.co

en la historia de Occidente, respuestas sobre lo que el niño es y lo que a él concierne.

Por ejemplo, para la concepción cristiana, el niño ha sido un ser privilegiado, cuya inocencia, según la letra de los evangelios, lo hace merecedor del reino de los cielos. Posiblemente esta respuesta esté más cercana al mito, por cuanto ubica al niño más allá de las determinaciones familiares y sociales. Sin embargo, se ha mantenido durante siglos como una concepción que satisface.

En otra línea, están las respuestas en el orden de lo pedagógico nacidas en los siglos XVIII y XIX, que han acompañado estrechamente la reflexión sobre el niño con preguntas esenciales a sus propósitos educativos, como son: ¿Cuál es el tipo de educación que conviene a su naturaleza particular? ¿Cuál es la más adecuada idea de educación?. Rousseau, por ejemplo, al concebir al hombre básicamente "bueno" en su estado primitivo, no pudo sino considerar al niño como la más depurada expresión de la bondad humana que lastimosamente la educación "corrompe". En el *Emilio*, alerta sobre los efectos perniciosos que el adulto provoca en la naturaleza infantil cuando, movido por intenciones educativas, le hace saber sus deseos e intereses, puesto que, según su pensamiento, estos asuntos desvirtúan lo que en el niño es natural y por lo tanto bueno.¹

Reconocemos entonces, que las respuestas a la pregunta por el niño históricamente se han articulado como significaciones que varían según las culturas y según los presupuestos epistemológicos en los cuales se fundamentan.

Precisamente el psicoanálisis es un modelo explicativo que rompe con las concepciones que dan por sentada la armonía natural como fundamento causal de la condición humana. La concepción psicoanalítica

1. Las ideas roussonianas constituyen el punto de partida de lo que hoy se conoce como la corriente *naturalista*, que concibe el desarrollo del niño como un proceso que opera a partir de una información genética: para el *naturalismo*, las etapas del desarrollo son movimientos naturales espontáneos y armónicos que cumplen una finalidad, la de la adquisición de facultades cognitivas e intelectuales.

no comparte el esquema *diacrónico* de la evolución genética, según el cual el desarrollo opera por ciclos evolutivos armónicos, porque su esquema es *sincrónico*. ¿Qué significa? En primer lugar, que en el modelo analítico, la temporalidad no es cronológica, es una temporalidad lógica que se articula en un *tiempo retro-activo*: lo que es hoy, obra o tiene fuerza sobre lo pasado, y lo que fue actúa como un elemento de sentido en donde se articulan significativamente los acontecimientos del diario vivir; y en segundo lugar, porque el *modelo es estructural*, es decir, considera los elementos de la estructura, en el caso humano, la del lenguaje, como determinantes. Por esta razón la concepción psicoanalítica, al responder a la pregunta por el niño, se aparta radicalmente de la idea de "individualidad biológica" y construye una explicación fundada en el Estructuralismo y la Lingüística, desde donde el ser del niño trasciende la condición de viviente al devenir hablante, por efectos del lenguaje.

La concepción estructural sobre la cual el psicoanálisis construye una explicación de lo humano y por ende del niño, parte de las siguientes premisas:

1. El medio natural del ser humano en tanto ser hablante es el lenguaje.
2. El lenguaje, como estructura, precede la emergencia del ser hablante en tanto viviente.

Estas premisas establecen la antecendencia lógica del lenguaje y también su eficiencia, por cuanto no solo se anticipa al nacimiento real del ser viviente, en la medida en que, antes de nacer, se ocupa ya un lugar en la estructura lingüística, sino también porque como estructura, opera una organización tal que imprime al viviente un carácter y le otorga un lugar en el mundo de los humanos.

¿Cómo entender este efecto de estructuración por la vía del lenguaje?

La estructura de parentesco es un camino expedito para comprender esta antecendencia lógica y estructurante, por cuanto las leyes que la configuran no son otras que las leyes del lenguaje. En efecto, la ascendencia y la descendencia en la línea de filiación la determina el lenguaje,

y de ninguna manera una ley natural. Solo el lenguaje le permite al humano saberse hijo de..., nieto de..., padre de... Significa entonces que un lugar en la estructura precede el nacimiento de cualquier humano, por lo cual el niño, desde antes de nacer, entra a ser un eslabón en la cadena que enlaza la historia de las generaciones.

Aún más, el lugar que espera al niño está ocupado en la cadena por un *nombre*, que será el que llevará toda su vida y que es un elemento eficiente en la estructura. Pero no es solo el nombre lo que le confiere al niño ciertos atributos, como el sexo, por ejemplo; también los ideales de la pareja paterna le atribuyen algunas características, le dan un significado particular a su existencia, con lo cual el lugar que precede al niño queda signado por el deseo: el niño será esto, será aquello; será una construcción inducida por la ilusión en la cual se incubó, imaginariamente, su existencia.

Estas reflexiones permiten comprender que la eficiencia de la palabra está en su carácter legislante: lo que se dice del ser que vendrá al mundo, lo que de él se espera, le determina una cierta posición subjetiva, es decir, una posición que lo singulariza, que le otorga una diferencia, la cual marcará su existencia incluso después de su muerte. El nombre y los atributos simbólicos producen el efecto de extender la vida más allá de la muerte y más acá del nacimiento.

Sin embargo, hay algo más que comporta un profundo carácter determinativo y que emerge difícilmente en la producción de sentido que opera la cadena significante; se trata del carácter de *objeto* en el deseo del Otro. En efecto, en el orden humano, el hijo, el niño, desde mucho antes de nacer, *es objeto del deseo de la madre*.

Esta antecendencia en el deseo también es de carácter lógico; es decir, hubo un tiempo, en la emergencia de la subjetividad materna, en el cual se reactivaron las secuencias que hasta ese momento se habían producido en la estructura. Fue el tiempo en el cual la niña que avanzaba rumbo a la conquista de la feminidad, produjo la ecuación: *niño igual compensación, reparación a la falta; niño igual falo*, aseveró Freud. Y con esta afirmación, penetramos por vía directa en el meollo de lo que este investigador aisló como *complejo de Edipo*, cuya significación concentrará nuestra atención, una vez logremos esbozar algunos elementos que permitan perfilar lo

atinente a la sexualidad humana, porque referirse a ella es asunto obligado cuando el propósito que anima la reflexión es dar cuenta del niño y, más aún, cuando, basados en los desarrollos de la teoría psicoanalítica, la reflexión ha bordeado los vericuetos del deseo, particularmente del enigmático deseo femenino.

¿Qué significado tiene ser hijo de un deseo? Esta consideración es definitiva porque ella desborda el plano de lo viviente. Si bien los albores de la vida palpitan en entrañas de mujer, *el don de la existencia humana es una concesión de la estructura del lenguaje*. Por el hecho de habitar el lenguaje, la sexualidad del hablante trasciende el mecanismo reproductor que gobierna el reino animal. El cuerpo humano, al ser atravesado por el lenguaje, queda significado por la red infinita de sentido que teje la palabra. Y es precisamente porque el cuerpo cobra significación por efectos del significante, que la identificación sexual como hombre o como mujer no tiene que corresponder con los atributos anatómicos que tipifican al macho y a la hembra, razón por la cual los humanos quedan despojados de la certeza instintual y de la regularidad cíclica del mecanismo reproductor animal.

[...] porque hay que decirlo, ni siquiera el cuerpo nos viene garantizado de entrada por el hecho de nacer humanos y habrá que construirlo, como todo en el concepto de lo humano; y en esa construcción los avatares del desarrollo psicosexual son fundamentales.

González, C. M. (1993).

El significante le imprime entonces a la sexualidad una marca, le otorga un carácter enigmático. Freud lo descubrió en su práctica clínica como algo que en el ser humano se opone al pleno saber. Ese algo es el inconsciente como un sentido reprimido. Fue transitando por esta vía como Freud encontró el trasfondo del malestar inherente a la condición humana: la dificultad para realizar un encuentro armonioso entre los sexos.

Posteriormente Lacan estableció la ley que rige ese malestar cultural. Su práctica clínica le permitió deducir que el inconsciente se estructura como un lenguaje y desde aquí pudo comprender la imposibilidad de decirlo todo sobre la sexualidad y la radical oposición humana al encuentro armonioso entre los sexos.

¿Cómo explica Lacan esta imposibilidad? Partiendo de que el saber requiere de un significante que lo genere, no es posible verbalizar la relación sexual porque en el inconsciente algo no se inscribe: no existe el significante para representar al Otro sexo. El inconsciente solo tiene un significante, el *falo*; el inconsciente carece de un significante para representar el sexo femenino, en definitiva, para representar La Mujer. De ella, el inconsciente no sabe ni puede saber. Esto lo vislumbró Freud desde los orígenes del psicoanálisis: "Parece llena de misterios", dijo; y Lacan lo registró como "La mujer es otra que el hombre". Por ello, no hay un pleno decir de la relación entre el hombre y la mujer; por ello, la no-relación sexual que Freud descubriera significa que el encuentro de los cuerpos no hace relación, que en ese encuentro cada uno goza solo, que ninguno de los dos goza del otro.

En efecto, el único goce del cual el inconsciente sabe, es el *gocefálico*, limitado, que obedece a la estructura del lenguaje que es la estructura del inconsciente. El falo simboliza el goce que logra inscribirse en el inconsciente y, a la vez, da cuenta del goce que escapa a esta simbolización, un goce del cual no puede saber porque queda fuera de su registro, y esto vale tanto para el hombre como para la mujer.

Ahora bien, si no hay en el inconsciente un significante para la relación sexual ¿cómo pueden existir las relaciones entre los sexos?

El inconsciente permite la relación de amor entre los sexos a manera de *suplencia* de lo que no existe, es decir, el amor es evidentemente una forma de arreglo ante la imposibilidad de unir armónicamente al hombre y la mujer. Como el significante fálico determina la posición subjetiva de cada uno como ser sexuado, el hombre y la mujer se determinan de acuerdo con esta suplencia simbólica, pero de manera absolutamente diferente. Sin embargo, esto no impide que entre ellos haya encuentro, no impide que se amen, tampoco impide que constituyan pareja y que procreen.

No son pues el hombre y la mujer simétricos, inversos, sino diferentes, en cada uno de los cuales lo que falta no lo posee el otro, porque el amor, al decir de Lacan, no es sino ese extraño acto de dar a otro lo que no se tiene.

González, C. M. (1993).

Según esto, el hombre, teniendo a la mujer, inserta su modo de goce en el *vínculo* amoroso que con ella establece, y la mujer, con su demanda de amor, se ofrece al hombre porque le permite anudar el goce al amor. Este vínculo resulta bien importante en nuestro análisis, dado que él se conecta directamente con la *función paterna*, pues en tanto un hombre pueda anudar su goce en el vínculo con una mujer, puede *transmitir* la función que le concierne, función que consiste en insertar el goce del hijo, que es un goce fálico, en un *vínculo social*. De esta conexión deriva el que Lacan conciba la *familia* como un anudamiento en cadena.

Pero, ¿cuáles son las condiciones para el encuentro entre un hombre y una mujer? ¿Cuáles son las condiciones que determinan la elección de pareja?

Colette Soler (1989), siguiendo la enseñanza de Lacan, dice que la definición del objeto amoroso está determinada para cada uno por ciertos rasgos significantes vinculados a los objetos primordiales (padre y madre); y en el mismo sentido, dice Estela Solano S. (1992):

[...] la elección de la pareja está determinada por ciertas leyes que rigen nuestra conducta, que nos hacen padecer, que nos hacen sufrir de amor y que evidentemente no son transparentes porque el acceso a ellas no es un acceso directo.

Entonces las condiciones de posibilidad de la pareja, la asunción del sexo, el acceso a una vida sexual y la posibilidad de tener hijos no obedecen a una ley natural. No todos los seres hablantes encuentran el camino hacia la paternidad; hay quienes fracasan porque algo falla en el anudamiento de su feminidad o de su masculinidad, y no es precisamente algo del orden biológico; esa falla tiene que ver con la travesía que cada uno debió realizar por el *Edipo*, en cuyas encrucijadas debió confrontar las paradojas que plantea la identificación con el sexo y la emergencia de su sexualidad.

El complejo de Edipo es pues un andamiaje donde cada cual construye su posición subjetiva. Es un momento crucial de la estructura porque reactiva las secuencias lógicas que hasta ese momento han operado. En efecto, los antecedentes de la paternidad y de la maternidad

se reactivan en el drama que desencadena la llegada del hijo, y también para el infante, el Edipo activa los procesos que lo anteceden en la secuencia, articulándose a ellos de una manera lógica. Así, el complejo de Edipo es una estructura que se articula en tres tiempos lógicos, a saber:

El primer tiempo es el *momento de ver*, momento en el cual todo niño y toda niña deberán confrontar un hecho observable: La *diferencia anatómica de los sexos*. Pero esta confrontación va más allá de la simple percepción del hecho, porque ella sólo cobra significación en el instante en que la niña o el niño comienzan a sospechar que su madre carece de pene, asunto que contradice la creencia primitiva infantil de la madre fálica, madre omnipotente, poseedora de todos los atributos. Ver la diferencia requiere pues, de la puesta en cuestión de la omnipotencia infantil, que afecta, sustancialmente, la posición narcisista en la cual el infante ha sido instalado por el deseo materno.

El segundo tiempo es el de la *compresión*. La falta en la madre es motivo de interrogación para todo niño, por cuanto él mismo queda por ella cuestionado, dado que la caída de la omnipotencia materna deja en suspenso sus propias posibilidades de satisfacción. Percibir la falta en la madre es comprender que *ella no es toda*, no lo tiene todo, no lo sabe todo, no lo puede todo. Esta comprensión castra la ilusión fálica, ilusión de completud que antecede la emergencia edípica.

El tercer tiempo es el tiempo de *concluir*, tiempo lógico posible solo a partir de la comprensión de la castración materna. Este tiempo es definitivo para el proceso de constitución de la subjetividad, porque la conclusión concierne al ser del niño. Es la propia posición subjetiva la que, a partir de la falta materna, se estructura. ¿De qué manera? Aceptándola, rechazándola o desmitiéndola, caminos que trazan para el sujeto el rumbo de la neurosis, la perversión o la psicosis.

En este punto retornamos al inicio de nuestra reflexión para intentar enlazar los interrogantes que nos marcaron el punto de partida: ¿Qué es un niño? ¿Qué es un padre? y ¿Qué es una mujer?.

La ruta que para el efecto transitaremos la señalan las secuencias lógicas que se juegan en el proceso edípico de la niña, partiendo de lo que el psicoanálisis conceptualiza como *complejo de castración*.

Cuando el niño y la niña comprenden que la madre está afectada por la falta, se hace eficaz para cada uno su posición sexual: el varoncito retira su libido del objeto materno, es decir, renuncia al complejo de Edipo; la niña, por su parte, al comprender que la falta de la madre a ella le atañe, se orienta al padre y le demanda la reparación de lo que en ese momento, a nivel imaginario, vive como daño físico y moral.

En esa falta y en ese pedido, es donde se instala la posición femenina. ¿Qué espera la niña recibir del padre? El objeto que pueda suplir su falta; ese objeto es el niño, y es aquí, en este tiempo, cuando el imaginario femenino produce la relación simbólica, *niño igual completud* (falo), que marcará la ruta a su deseo. La niña evidentemente no obtiene del padre la satisfacción de su demanda; deberá elaborar el duelo por el niño del padre, para que, en un segundo tiempo, pueda dirigir al hombre esa demanda.

Entonces, en el primer tiempo de la constitución de la subjetividad femenina, el niño es el objeto que permite a la niña la salida de la posición edípica. Como *objeto reivindicativo* a su carencia estructural, el niño es lo que la mujer exige en pago a la deuda simbólica que la ligará durante toda su existencia a las significaciones edípicas.

La renuncia que la pequeña debe realizar para encaminarse al hombre y dirigir a él su demanda, se articula para la mujer en términos de deseo. El niño ocupa un lugar en el deseo de la madre, asunto que compromete su existencia, porque para que el deseo de la madre pueda tramitarse en una significación como proyecto de vida (Lacan lo llama vínculo social), deberá intervenir un elemento con la potencia requerida para producir efectos de estructuración; este elemento es el significante "Nombre-del-padre", que interviene como operador lógico.

El padre referido como significante "Nombre-del-padre" va mucho más allá de la natural progeneritura; porque en la estructura, el padre es aquel que puede producir efectos de significación. Es decir, si el niño en un primer tiempo se articula en términos de deseo -el niño es lo que la madre desea que sea para ella-, en un segundo tiempo, el significante deberá sustituir el deseo de la madre para que se articule en términos de metáfora. Si la sustitución opera, el niño podrá acceder a su propio deseo

en tanto no quedará atrapado en el deseo de la madre como lugar de puro capricho.

La subjetividad del niño emerge, pues, en la sustitución del deseo materno por la ley que el padre hace valer, por lo cual la subjetividad es un efecto de la metáfora.

Entonces, el niño, como producto de significación, dice de los modos de anudamiento del deseo de la pareja paterna, dice su verdad inconsciente, por lo cual el niño es un mensaje que revela los anudamientos en cadena que lo anteceden, dando así cuenta de la historia de las generaciones.

BIBLIOGRAFÍA

GONZÁLEZ, Carlos Mario. "Una aventura del ser: de la frágil felicidad del amor a la perseverante violencia del matrimonio". En : Revista colombiana de psicología. No. 2. Universidad Nacional, (1993).

_____ . "Un hombre, una mujer, una ética". Documento. (1988).

MASOTTA, Oscar. "Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan". Buenos Aires: Paídos. Psicología profunda, (1992).

POSADA, Pilar. "En tanto no hay relación sexual... entonces síntoma". En : Affectio Societatis. Revista Electrónica del Departamento de Psicoanálisis. Medellín, Universidad de Antioquia. No. 2 (sep. 1998).

SOLER, Colette. Transferencia e interpretación. Fundación Freudiana de Medellín. (1989).

SUÁREZ SOLANO, Estela. "La familia, los padres y los niños". En : Clínica psicoanalítica con niños en la enseñanza de I. Lacan. Medellín: CEPAN, 1993.

_____ . "¿Qué es un niño?". En : Correspondencia No.19. Fundación Freudiana de Medellín. Correo de enlace del campo freudiano en Colombia, 1992.